



Vol. 5, No. 2, Winter 2008, 220-236

La influencia del marxismo en la historiografía costarricense

Iván Molina Jiménez

Universidad de Costa Rica

El objetivo del presente artículo es analizar la influencia del marxismo en la historiografía costarricense, para lo cual se ha dividido en tres secciones principales. En la primera, se analiza el surgimiento de la investigación histórica en el país y su desarrollo hasta 1940, así como los desafíos planteados por el Partido Comunista; en la segunda, se explica por qué en Costa Rica un marxismo académico sólo surgió tardíamente; y en la tercera se examina la influencia que diversas corrientes marxistas tuvieron en la renovación historiográfica experimentada a partir de 1970, y los alcances y limitaciones de los nuevos estudios del pasado.

1. Marxismo e historiografía antes de 1940

La historiografía costarricense surgió en las dos últimas décadas del siglo XIX, estrechamente relacionada con las disputas limítrofes con Nicaragua y Colombia (Panamá todavía no se había independizado),¹ y con

¹ Juan Rafael Quesada, *Historia de la historiografía costarricense 1821-1940* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001), 49-152.

el proceso de invención de la nación por parte de círculos de políticos e intelectuales liberales.² Los conflictos fronterizos llevaron a abogados costarricenses como León Fernández, Manuel María de Peralta y Pedro Pérez Zeledón a exhaustivas revisiones documentales, en el país y el exterior, las cuales fueron la base para la fundación del Archivo Nacional en 1881. El ciclo nacionalista de los decenios de 1880 y 1890 condujo a la elaboración de los primeros libros de historia y a exaltar la guerra de 1856-1857, cuando Costa Rica lideró la lucha contra los filibusteros encabezados por William Walker.³

Constituida por estudiosos del pasado por vocación—el más célebre fue Ricardo Fernández Guardia—, la historiografía del período 1880-1930 se caracterizó por centrarse en temas de índole político, militar y diplomático; por una narrativa descriptiva más que analítica y, en lo esencial, legitimadora del orden social prevaleciente; y por un énfasis en los considerados “grandes hombres”, en particular los gobernantes. Los principales aportes de las investigaciones realizadas fueron elaborar una cronología básica de la historia costarricense, catalogar fuentes (especialmente de carácter notarial) y publicar numerosos documentos.⁴

Hacia la década de 1930, la historiografía liberal experimentó dos desafíos importantes. El primero, proveniente del recién fundado Partido Comunista (1931), consistió en nuevas lecturas del pasado que, en vez de legitimar, impugnaban las relaciones sociales y el sistema político dominantes, al plantear temas como la explotación de los trabajadores por sus patronos, el descontento popular y la penetración del capital extranjero (muy visible por la presencia que tenía la United Fruit Company en el Caribe costarricense). Pese a lo anterior, el enfoque sobre el pasado que ofrecía la izquierda, en términos teóricos y metodológicos, era muy similar

² Steven Palmer, “Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica (1848-1900)”, en Iván Molina Jiménez y Steven Palmer, eds., *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*, 2da. edición (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2004), 288-296.

³ Rafael Obregón Loría, *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1991).

⁴ Quesada, *Historia de la historiografía*, 153-402.

al de sus adversarios de la derecha: fundamentalmente descriptivo y episódico.⁵

El segundo reto provino de dos jóvenes intelectuales, líderes del *Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales* (1940) y posteriormente integrantes destacados del Partido Liberación Nacional (1951): Carlos Monge y Rodrigo Facio. Monge, considerado el primer historiador profesional de Costa Rica, se graduó en Chile a inicios de la década de 1930 y, de vuelta en el país, impartió clases en los principales colegios de San José. Fue en este contexto que elaboró la primera hipótesis de contenido económico-social sobre el pasado costarricense, según la cual lo que diferenció al país de sus vecinos latinoamericanos fue la importancia que tuvo la colonización agrícola campesina durante el siglo XVIII, la cual originó una sociedad más igualitaria—la “democracia rural”—dominada por los pequeños propietarios agrícolas.

Facio, quien fuera discípulo de Monge y había tratado de ofrecer explicaciones más sofisticadas del proceso de independencia de Costa Rica y del fracaso de la República Federal de Centroamérica, completó la interpretación de su maestro al indicar que, con la expansión del café, ocurrida después de 1830, el igualitarismo surgido en el siglo XVIII fue destruido por una creciente diferenciación social, de la que resultaron patronos y peones. De esta forma, Monge y Facio, iniciadores de la historiografía socialdemócrata, fueron los primeros en producir una interpretación sobre las especificidades del capitalismo costarricense, la cual ha sido más matizada que corregida completamente por las investigaciones posteriores.⁶

Para comprender por qué fueron Monge y Facio, y no los comunistas, quienes renovaron el estudio del pasado costarricense en las décadas de 1930 y 1940, se debe partir de la disociación entre marxismo y academia que caracterizó a Costa Rica en la primera mitad del siglo XX. En la década

⁵ Iván Molina Jiménez, “La historiografía costarricense en la segunda mitad del siglo XX: renovación y diversificación” (México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, en prensa).

⁶ Víctor Hugo Acuña Ortega e Iván Molina Jiménez, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)* (San José: Editorial Porvenir, 1991), 21-25 y 33-36; Lowell Gudmundson, *Costa Rica antes del café: sociedad y economía en vísperas del boom exportador* (San José: Editorial Costa Rica, 1990), 13-31 y 242-247.

de 1880, los políticos e intelectuales liberales impulsaron una profunda reforma educativa de la primaria y la secundaria; en contraste, clausuraron la Universidad de Santo Tomás, que había sido fundada en 1843 y había tenido un desempeño académico muy limitado.⁷ Únicamente permaneció abierta la Escuela de Derecho, a la cual se unió, en 1897, una Facultad de Farmacia.

Si bien desde finales del siglo XIX en Costa Rica se conocían textos de índole anarquista, socialista y marxista (el tres veces presidente de Costa Rica, Ricardo Jiménez, fue lector de *El Capital*), la discusión de tales documentos se limitó a algunos círculos de intelectuales—principalmente educadores—y obreros urbanos.⁸ La fundación del Partido Comunista tuvo precisamente por base una organización en la que confluían algunos estudiantes de Derecho y líderes de los trabajadores.⁹ En tales circunstancias, un conocimiento básico del marxismo estuvo al servicio de la práctica política en el presente, pero fue insuficiente para superar la forma predominante—descriptiva y episódica—de conceptualizar el pasado.

La conmemoración de efemérides nacionales y la exaltación de personajes destacados de la política y la cultura (costarricenses o extranjeros) no fueron extrañas en las páginas de *Trabajo*, el periódico del partido.¹⁰ Las debilidades de tal organización en su enfoque del pasado se evidencian en que fue precisamente Carlos Monge, tras su regreso de Chile, quien impartió clases a los comunistas sobre el desarrollo del capitalismo

⁷ Astrid Fischel, *Consenso y represión. Una interpretación sociopolítica de la educación costarricense* (San José: Editorial Costa Rica, 1986); Paulino González, *La Universidad de Santo Tomás* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1989).

⁸ Gerardo Morales, *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica: 1880-1914* (Heredia: Editorial Universidad Nacional, 1993), 109-185; Iván Molina Jiménez, *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica y Editorial Universidad Nacional, 1995), 136-138 y 145; Joaquín Vargas Coto, *Crónicas de la época y vida de don Ricardo* (San José: Editorial Costa Rica, 1986), 304.

⁹ Ana María Botey y Rodolfo Cisneros, *La crisis de 1929 y la fundación del Partido Comunista de Costa Rica* (San José: Editorial Costa Rica, 1984), 113-119.

¹⁰ Helen María González Rojas, Luis Alberto Jiménez Alpizar, Carlos Eduardo Monge Trejos y Violeta Murillo Roldán, “Producción impresa de Carmen Lyra y Carlos Luis Sáenz en el semanario *Trabajo* de 1931-1948” (Memoria de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 2004).

en Europa.¹¹ Esta curiosa actividad parece haber estado relacionada con el hecho de que, entre 1934 y 1936, Monge publicó en la revista *Jurisprudencia* un extenso estudio sobre el tema indicado, entre cuyas fuentes figuraban Werner Sombart, Henri Sée, Henri Hauser, Henri Pirenne, Max Weber y Marx.¹²

2. Un marxismo académico tardío (1940-1970)

Pese a que algunos de los principales dirigentes del Partido Comunista tenían formación universitaria, y que en algunas de las instancias de educación superior existentes antes de 1940 había profesores que simpatizaban con esa organización, en Costa Rica sólo se desarrolló un marxismo académico a partir del decenio de 1960. Varias razones explican este rezago en un país que ha sido tan señalado por su política democrática y estabilidad institucional. En la década de 1930, el comunismo costarricense no fue ajeno a ciertas corrientes anti-intelectuales, que enfatizaban la necesidad de promover a los trabajadores a posiciones de poder. A esto se unió la persecución de que fueron víctimas importantes líderes comunistas, que ocupaban puestos de educadores, lo cual supuso su despido de la Escuela Normal (fundada en 1915), especializada en preparar a los docentes de primaria.¹³

La exclusión de los comunistas de las principales instituciones educativas se prolongó en 1940, cuando se fundó la Universidad de Costa Rica, la única existente en el país hasta 1971.¹⁴ Aunque a partir de 1941 los comunistas empezaron a acercarse al gobierno socialmente reformista de Rafael Ángel Calderón Guardia (1940-1948), tal aproximación (que se

¹¹ Isaac Felipe Azofeifa, “Carlos Monge como era”, en Juan Rafael Quesada et al., *Carlos Monge Alfaro* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1988): 12.

¹² Juan Rafael Quesada, “Carlos Monge Alfaro: primer historiador profesional de Costa Rica”, en Quesada et al, *Carlos Monge Alfaro*, 74-75.

¹³ Alejandro Gómez, *Rómulo Betancourt y el Partido Comunista de Costa Rica (1931-1935)* (San José: Editorial Costa Rica, 1994), 58-60; Francisco Zúñiga Díaz, *Carlos Luis Sáenz: el escritor, el educador y el revolucionario* (San José: Ediciones Zúñiga y Cabal, 1991), 134 y 191-219; Iván Molina Jiménez, “Un pasado comunista por recuperar: Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas en la década de 1930”, en Carmen Lyra y Carlos Ruiz Fallas, *Ensayos políticos* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2000), 14-15.

¹⁴ Francisco Antonio Pacheco, “La educación superior”, en Eugenio Rodríguez, ed., *Costa Rica en el siglo XX*, t. I (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2004): 101-126.

convirtió en una alianza formal a partir de 1943),¹⁵ no fue la base para una decidida influencia de la izquierda en el Estado costarricense. De hecho, cuando tras la guerra civil de 1948—ganada por las fuerzas conducidas por José Figueres, el fundador del Partido Liberación Nacional—el reciente claustro universitario fue purgado de profesores identificados con el régimen depuesto, sólo dos de los 14 docentes expulsados simpatizaban con los comunistas; los demás eran calderonistas.¹⁶

Con el triunfo de las fuerzas figueristas y la ilegalización del Partido Comunista introducida en la Constitución de 1949, en lo interno, y con la intensificación de la guerra fría, en lo externo, la Universidad de Costa Rica se convirtió en una institución política y culturalmente conservadora. Dirigida sucesivamente por Rodrigo Facio y Carlos Monge, se dedicó a la formación de profesionales en distintas áreas para apoyar la expansión del aparato estatal impulsada por Liberación Nacional.¹⁷ Aunque algunos profesores de izquierda lograron insertarse en la educación superior, su posición fue extremadamente limitada durante el decenio de 1950. Tal fue la experiencia del lingüista Víctor Manuel Arroyo, probablemente el primer académico marxista que hubo en el país. Cuando en 1956, en el marco de la conmemoración del centenario de la lucha contra los filibusteros, publicó un libro sobre la guerra de 1856-1857, debió hacerlo bajo el pseudónimo de Pedro Soto para evitar ser “víctima de represalias”.¹⁸

Dado lo expuesto, no sorprende que el primer artículo marxista publicado en una revista académica apareciera en 1960, previa autorización del Consejo Universitario, máximo órgano de la Universidad de Costa Rica. La historia detrás de este caso sin precedente es, de por sí, bastante peculiar: en 1957, el rector Facio impartió una conferencia titulada

¹⁵ Para un análisis de este proceso, véase Iván Molina Jiménez, *Anticomunismo reformista, competencia electoral y cuestión social en Costa Rica (1931-1948)* (San José: Editorial Costa Rica, 2007), 115-155.

¹⁶ Patricia Fumero Vargas, “Se trata de una dictadura sui generis’. La Universidad de Costa Rica y la guerra civil de 1948”, *Anuario de Estudios Centroamericanos*. San José, 23: 1-2 (1997): 127. Esos dos profesores eran el pintor Manuel de la Cruz González y el escritor Fabián Dobles.

¹⁷ Rafael Cuevas, *El punto sobre la i. Políticas culturales en Costa Rica (1948-1900)* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1996), 69-72; Jorge Rovira, *Estado y política económica en Costa Rica 1948-1970* (San José: Editorial Porvenir, 1982), 39-117.

¹⁸ Víctor Manuel Arroyo, *Acusación ante la historia. Estados Unidos y la Campaña Nacional 1856-1857*, 2a. edición (San José: Editorial Presbere, 1983), 11.

“Liberalismo y socialismo”, la cual sirvió de base para que el estudiante de leyes Rodolfo Cerdas Cruz (hijo del abogado y dirigente comunista, Jaime Cerdas), elaborara una crítica como trabajo para el curso de Filosofía del Derecho. El extenso texto de Cerdas Cruz, que abarca casi todo el número de la revista en que fue incluido, fue antecedido por una explicación del profesor de la asignatura indicada y por una nota refutatoria escrita por el propio Facio.¹⁹

Cerdas Cruz volvió a desafiar el orden establecido cuando en 1964 defendió su tesis de licenciatura en leyes, en la cual analizó la formación del Estado costarricense entre 1821 y 1838 desde una perspectiva marxista. El estudio propone una imaginativa interpretación de los conflictos políticos de esos años con base en el contraste entre las ciudades de Cartago, capital colonial, y San José, capital republicana. Según el autor, en la primera prevalecía una economía cerrada encabezada por una aristocracia, mientras en la segunda había una economía abierta liderada por una burguesía liberal. Tal oposición, intensificada por la independencia (1821), fue resuelta en la batalla de Ochomogo (1823), cuando los josefinos derrotaron a los cartagineses y consolidaron la capitalidad.²⁰ La obra, pese a su eclecticismo teórico (categorías weberianas combinadas con el concepto marxista de revolución burguesa), supuso la primera interpretación marxista de un período específico de la historia de Costa Rica.

En la década de 1960, el aumento en la matrícula, el crecimiento institucional y la apertura de nuevas carreras pronto volvieron más complejo el claustro universitario, un proceso al que contribuyeron también la revolución cubana, la rebelión estudiantil en Occidente, las protestas contra la intervención de Estados Unidos en Vietnam, y la formación de profesores en el exterior. A finales del decenio, la lucha contra las concesiones otorgadas a la transnacional ALCOA fue la base de un profundo proceso de radicalización intelectual, que se expresó en una renovación y diversificación de los grupos de izquierda, y que coincidió con

¹⁹ Carlos José Gutiérrez, “Investigación libre... y obligatoria”; Rodrigo Facio, “Carta sin título dirigida a Carlos José Gutiérrez”; Rodolfo Cerdas Cruz, “La conferencia del rector Facio sobre marxismo. Una respuesta”, *Revista de la Universidad de Costa Rica*. San José, No. 20 (marzo, 1960): 3-8, 9-20 y 21-126.

²⁰ Rodolfo Cerdas Cruz, *La formación del Estado en Costa Rica* (San José: Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1967).

la apertura de otras dos instituciones de educación superior: el Instituto Tecnológico de Costa Rica (1971) y la Universidad Nacional Autónoma (1973).²¹

Al comenzar la década de 1970, el marxismo académico había pasado de una posición marginal y de perfil bajo a dominar algunas de las escuelas y departamentos de ciencias sociales y de filosofía en la Universidad de Costa Rica y en la Universidad Nacional. De las investigaciones realizadas por esta nueva generación de académicos, las más importantes, en términos históricos, fueron las realizadas por el sociólogo José Luis Vega Carballo. Su formación académica fue, sin duda, excepcional: obtuvo un bachillerato en Sociología en Brandeis y una maestría en Princeton; a partir de 1968, inició su labor docente en la Universidad de Costa Rica y empezó a divulgar las obras de Weber, Freud, Marx y Marcuse.²² En un artículo publicado en 1970, ofreció una interpretación de la época colonial basada en la teoría de la dependencia y el concepto de modo de producción campesino, predominante—según él—desde el siglo XVI.²³

Pese a la ruptura que implicaron, aportes como los de Cerdas Cruz y Vega Carballo no se basaron en una amplia investigación documental, sino en la reinterpretación, a la luz de teorías y conceptos marxistas, de los hallazgos dados a conocer por la historiografía previa. La limitación indicada no impidió, sin embargo, que las contribuciones de ambos académicos fueran ampliamente acogidas por los historiadores, especialmente durante la década de 1970. La razón principal que explica tal influencia fue que el estudio del pasado permaneció poco diversificado en lo temático, y pobre en términos teóricos y metodológicos.

3. Nueva historia e influencia marxista

Con la apertura de la Universidad de Costa Rica en 1941, la disciplina histórica experimentó una primera fase de profesionalización, consistente

²¹ Pacheco, “La educación superior”, 126-141.

²² Paulino Gonzalez Villalobos, “Los avatares de la nueva historia”, *Revista de Historia*. San José, No. especial (1988): 33-34.

²³ José Luis Vega Carballo, “Costa Rica, economía y relaciones sociales en la colonia, 1560-1820” (San José: Academia Costarricense de Bibliografía, 1970); ídem, “La evolución agrícola de Costa Rica: un intento de periodización y síntesis (1560-1970)” (San José: CSUCA, 1972).

en que, a partir de entonces, existió la posibilidad de obtener una licenciatura en historia, previa realización de una tesis. Un análisis de las disertaciones presentadas en el curso de las décadas siguientes evidencia, sin embargo, que el énfasis en temas de carácter político, militar y diplomático no desapareció, en tanto prevalecía un enfoque episódico y descriptivo.²⁴ Aunque los historiadores que laboraban en la educación superior conocían la renovación historiográfica ocurrida en Europa bajo el liderazgo de la Escuela de los Annales, su práctica, tanto en docencia como en investigación, no se transformó.²⁵

Hacia la década de 1960 había ya algunas señales de cambio en cuanto a los objetos de estudio y la manera de abordarlos, pero tal proceso tuvo un alcance muy limitado, como lo muestran algunas tesis en las que el estudio de actividades económicas fue emprendido desde una perspectiva tradicional. Las limitaciones prevalecientes explican, en mucho, que la primera generación de historiadores costarricenses que realizó estudios de posgrado en el exterior, partiera a la España franquista y se doctorara en la Universidad Complutense. Todas las tesis elaboradas por este grupo, teórica y metodológicamente poco sofisticadas, fueron dirigidas por un sistemático defensor del papel jugado por los españoles en América: Mario Hernández Sánchez-Barba.²⁶

Una renovación profunda de la historiografía costarricense debió esperar, por tanto, a la década de 1970, cuando llegaron al país los historiadores Ciro Cardoso (brasileño) y Héctor Pérez (argentino), quienes al lado de otros académicos foráneos como Germán Tjarks (estadounidense), Lowell Gudmundson (estadounidense) y Carolyn Hall (inglesa), desarrollaron importantes labores docentes e investigativas en las escuelas de Historia recién creadas en la Universidad de Costa Rica y en la Universidad Nacional. Si bien Pérez y Gudmundson eran bastante abiertos a los aportes del marxismo, el único marxista del grupo era Cardoso,

²⁴ Molina Jiménez, "La historiografía costarricense".

²⁵ González, "Los avatares", 31-33.

²⁶ Molina Jiménez, "La historiografía costarricense"; Nuria Tabanera García, "Un cuarto de siglo de americanismo en España: 1975-2001", *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*. Amsterdam, No. 72 (abril, 2002): 83-84 y 89.

graduado en Francia con una tesis sobre el modo de producción esclavista colonial.²⁷

Con la llegada de Cardoso, ocurrió una diferenciación muy peculiar entre los jóvenes estudiantes de historia identificados con los nuevos grupos de izquierda surgidos en la década de 1970. Algunos, dirigidos por Cardoso, elaboraron tesis de historia económica ubicadas en la época colonial, con un enfoque que recuperaba los conceptos de estructura y coyuntura y la serialización de datos desarrollados por la Escuela de los Annales, pero sin introducir conceptos o problemáticas marxistas (el vocabulario técnico utilizado era más afín a la economía positiva).²⁸ En contraste, otros prepararon disertaciones en las que, aunque empleaban términos marxistas, se limitaban a describir y exaltar las organizaciones y luchas de los sectores populares.²⁹

A. Los primeros historiadores marxistas costarricenses

En razón de lo expuesto, la primera generación de historiadores marxistas costarricenses sólo se configuró en el tránsito entre los decenios de 1970 y 1980 y, en esta fase inicial, sus figuras más destacadas fueron Víctor Hugo Acuña, Mario Samper, Rodrigo Quesada y José Daniel Gil. Acuña, graduado en Francia en 1978, elaboró una tesis de doctorado sobre el papel jugado por el capital comercial (en su acepción marxista) en la Centroamérica del siglo XVIII. Aunque recientemente su trabajo ha sido criticado por sus limitaciones documentales, Acuña realizó un aporte teórico y metodológico fundamental para la comprensión de la economía del istmo en esa época.³⁰

²⁷ Carlos Araya Pochet, “Surgimiento de la nueva generación”, *Revista de Historia*. Heredia, No. 11 (enero-junio, 1985): 15-18; González, “Los avatares”, 34-38.

²⁸ Molina Jiménez, “La historiografía costarricense”.

²⁹ Carlos Hernández, “Fases y tendencias de cambio en los estudios sobre la clase trabajadora costarricense: un balance historiográfico”, *Revista de Historia*. San José, No. especial (1996): 115-128.

³⁰ Víctor Hugo Acuña Ortega, “Le commerce extérieur du Royaume du Guatemala au XVIII siècle 1700-1821: une étude structurelle” (Tesis de Doctorado, Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, 1978). Para una crítica reciente de este trabajo, véase Juan Carlos Solórzano, “El desarrollo de la historiografía colonial en Costa Rica (1992-2002)”, en Iván Molina Jiménez, Francisco Enríquez Solano, y José Manuel Cerdas Albertazzi, eds., *Entre dos siglos: la investigación*

Samper se licenció en Historia en 1979 con una disertación que analizaba el proceso de diferenciación social experimentado por diversas categorías ocupacionales en el período 1821-1927, cuyo eje era el concepto de producción mercantil simple. Posteriormente, se doctoró en la Universidad de California en Berkeley con una tesis en la que, con un marco conceptual más amplio, estudió a profundidad los procesos de colonización agrícola campesina verificados en Costa Rica desde mediados del siglo XVIII hasta inicios del XX. Al volver sobre el tema originalmente planteado por Monge en la década de 1930, Samper realizó un sofisticado análisis para mostrar el impacto del capitalismo agrario en la economía campesina.³¹

Quesada, quien en su tesis de licenciatura (1977) había utilizado el concepto de ideología para analizar el proyecto modernizador del Partido Liberación Nacional, efectuó luego estudios doctorales en Inglaterra, a partir de los cuales dio a conocer una serie de investigaciones sobre la penetración del capital inglés en Centroamérica. No sorprende, por tanto, que Quesada se convirtiera en el investigador que, de manera más sistemática, utilizara el concepto de imperialismo, y diferenciara la inserción del istmo centroamericano al mercado mundial en tres grandes etapas: la formal (1821-1851), la real (1851-1881) y la imperialista (1881-1915).³²

Gil, por su parte, se graduó en 1982 con una tesis de licenciatura en la que estudió cómo se desarrolló históricamente el culto a la Virgen de los Ángeles a partir de categorías teóricas tomadas de Louis Althusser, Lucien Goldman, Maurice Godelier y Antonio Gramsci, entre otros teóricos. El trabajo de Gil supuso el inicio de los estudios acerca de las mentalidades colectivas; a la vez, propuso un programa de investigación en los campos de

histórica costarricense 1992-2002 (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2003), pp. 56-57.

³¹ Mario Samper Kutschbach, “Evolución de la estructura socio-ocupacional costarricense: labradores, artesanos y jornaleros (1864-1935)” (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1979); ídem, “Generations of Settlers: A Study of Rural Households and their Markets on the Costa Rican Frontier, 1850-1935” (Ph. D. Dissertation, University of California-Berkeley, 1988).

³² Rodrigo Quesada Monge, “Los estereotipos político-ideológicos del Partido Liberación Nacional” (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional, 1977); ídem, *Recuerdos del imperio. Los ingleses en América Central (1821-1915)* (Heredia: Editorial Universidad Nacional, 1998).

la cultura, la vida cotidiana y las identidades que sólo empezó a ser ejecutado en la década de 1990. En 1994, Gil se doctoró en Barcelona bajo la dirección de Josep Fontana con una investigación sobre criminalidad y control social.³³

B. Capitalismo agrario, marxismo británico y estructuralismo francés

La influencia conjunta de Acuña y Samper llevó a que un grupo de jóvenes historiadores emprendiera, a inicios del decenio de 1980, el estudio de cómo, a partir de la expansión del café en la década de 1830, se desarrolló un tipo particular de capitalismo agrario en el Valle Central, caracterizado por la fuerte presencia de pequeños y medianos productores agrícolas y formas de dominación basadas en el control del crédito, la tecnología (el beneficiado húmedo) y el comercio exterior. En 1986, Acuña e Iván Molina publicaron la primera síntesis marxista de la historia de Costa Rica, centrada en el análisis de la historia del capitalismo.³⁴

Puesto que Cardoso y Pérez se habían formado en Francia, la principal influencia en la renovación de la historiografía costarricense procedía de ese país, un condicionamiento que se extendió al marxismo. Pierre Vilar, Georges Duby, Michele Vovelle y, en menor medida, Albert Soboul fueron los historiadores marxistas franceses mejor conocidos por sus contrapartes de Costa Rica. Tal orientación académica fue reforzada porque, entre las décadas de 1970 y 1980, nueve becarios costarricenses se doctoraron en París y en Toulouse,³⁵ en tanto que Louis Althusser y Nicos Poulantzas, en boga entre los sociólogos, eran también leídos en los cursos de historia de índole teórico-metodológico impartidos en la Universidad de Costa Rica y en la Universidad Nacional.

³³ José Daniel Gil Zúñiga, “El culto a la Virgen de los Ángeles 1824-1935. Una aproximación a la mentalidad religiosa” (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional, 1982); ídem, “Homicidio, asociación y conflicto en la provincia de Heredia: 1885-1915” (Tesis de Doctorado, Universidad Autónoma de Barcelona, 1994).

³⁴ Víctor Hugo Acuña Ortega, e Iván Molina Jiménez, *El desarrollo económico y social de Costa Rica: de la colonia a la crisis de 1930* (San José: Editorial Alma Máter, 1986).

³⁵ Iván Molina Jiménez, “La historiografía costarricense”.

Si bien algunos historiadores marxistas costarricenses conocían las obras de Maurice Dobb, Eric J. Hobsbawm y George Rudé, un conocimiento más amplio de la historiografía marxista británica (y en particular de la obra de E. P. Thompson) sólo se generalizó después de 1980. En 1984, bajo la dirección de Rodrigo Quesada, un joven investigador de origen chileno, Mario Oliva, elaboró la primera historia social thompsoniana, al examinar las organizaciones artesano-obreras que surgieron en Costa Rica en el período 1880-1914, sus principales luchas y la cultura de esos trabajadores urbanos.³⁶ Casi simultáneamente, y con un enfoque similar, Acuña empezó a dar a conocer varios estudios sobre el conflicto que, en la primera mitad del siglo XX, enfrentó a los pequeños y medianos caficultores con los beneficiadores de café.³⁷

La historia política, que había permanecido esencialmente al margen de la renovación historiográfica, experimentó algunos cambios en la segunda mitad del decenio de 1980, cuando surgió una corriente de estudio del poder basada en los aportes de Gramsci, Althusser y Poulantzas. Los estudios resultantes, principalmente en las áreas de la dinámica electoral, la educación, el ejército, las reformas jurídicas y la formación del Estado, contribuyeron al conocimiento del sistema de dominación prevaleciente en Costa Rica en el período 1821-1948, pero no lograron integrar los avances logrados por la historia económica y social.³⁸

³⁶ Mario Oliva Medina, “El movimiento artesano-obrero urbano costarricense 1880-1914 (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional, 1984).

³⁷ Víctor Hugo Acuña Ortega, “Clases sociales y conflicto social en la economía cafetalera costarricense: productores contra beneficiadores: 1932-36”, *Revista de Historia*. San José, No. especial (1985): 181-206; ídem, “Patrones del conflicto social en la economía cafetalera costarricense (1900-1948)”, *Revista de Ciencias Sociales*, No. 31 (marzo, 1986): 113-122; e ídem, “La ideología de los pequeños y medianos productores cafetaleros costarricenses (1900-1961)”, *Revista de Historia*. San José, No. 16 (julio-diciembre, 1987): 137-159. La originalidad del tema es visible en su ausencia en el extenso balance de Steven C. Topik, “Coffee Anyone? Recent Research on Latin American Coffee Societies”, *Hispanic American Historical Review*, 80: 2 (May, 2000): 225-266. El desconocimiento de Topik de los estudios precedentes es curioso, dado que su artículo enfatizó en el caso de Centroamérica.

³⁸ Margarita Silva, “Balance del desarrollo de la historia política en Costa Rica”; y Mario Samper, “Por los caminos del poder: historia política e historia social en Costa Rica (balance preliminar a través de tendencias temáticas en la investigación académica)”, *Revista de Historia*. San José, No. especial (1996): 159-164 y 171-200.

El desencuentro entre esas dos tendencias historiográficas marxistas, una de carácter estructuralista y otra que, al estilo de Thompson, enfatizaba la experiencia y la cultura de los sectores populares, era evidente a inicios de la década de 1990. Con la caída del socialismo en Europa oriental, el colapso de la Unión Soviética y la pacificación del istmo centroamericano, la izquierda costarricense, en crisis desde el decenio de 1980,³⁹ prácticamente desapareció. La desradicalización intelectual posterior fue el contexto en que la historiografía de Costa Rica empezó a ser dominada por diversas formas de historia cultural, cuyos principales objetos de estudio han sido las representaciones, los discursos y las identidades. Simultáneamente, nuevas perspectivas teóricas llevaron a la incorporación de problemáticas relacionadas con el género, la etnicidad y las diferencias generacionales.⁴⁰ La influencia del marxismo en buena parte de la investigación histórica se mantuvo, pero de manera cada vez más mediada por los desarrollos teóricos y metodológicos experimentados por las ciencias sociales en general.

C. Alcances, limitaciones, períodos y énfasis temáticos

En un balance de conjunto, se puede afirmar que la década de 1980 fue el período de mayor influencia del marxismo en la historiografía costarricense. Inicialmente, problemas y conceptos marxistas enriquecieron la investigación de la época colonial (sobre todo, del siglo XVIII); sin embargo, rápidamente el énfasis de los estudios se concentró en el período posterior a 1821 y tuvo por eje el desarrollo del capitalismo agrario, con el café, y las organizaciones y luchas de trabajadores y pequeños y medianos propietarios. De manera más tardía, hubo un interés por analizar, desde una óptica estructuralista, la problemática del Estado y del poder.

Aunque indudablemente el marxismo enriqueció la investigación histórica, los debates teóricos que generó fueron bastante limitados. En el caso de la historia colonial, hubo escasa discusión acerca de cómo definir teóricamente la sociedad de campesinos libres sometidos al capital

³⁹ Roberto Salom, *La crisis de la izquierda en Costa Rica* (San José: Editorial Porvenir, 1987).

⁴⁰ Molina Jiménez, Enríquez Solano y Cerdas Albertazzi, *Entre dos siglos*.

comercial que se configuró en el Valle Central;⁴¹ en cuanto a los siglos XIX y XX, sí hubo alguna polémica sobre el período a partir del cual podía afirmarse que ya el capitalismo existía en Costa Rica. Así, mientras Acuña, Samper y Molina plantearon que una agricultura capitalista había empezado a tomar forma a partir de la década de 1830, otros autores como Quesada ubicaron ese proceso luego de 1870, y algunos sociólogos después de 1950, en el marco de las políticas modernizadoras impulsadas por el Partido Liberación Nacional.⁴²

También hubo algún debate acerca de la pertinencia de utilizar el concepto de clase para aplicarlo a las diversas categorías de artesanos y obreros urbanos,⁴³ y cierta discusión en torno a las proporciones en que consenso y coerción pesaban en el sistema de dominación. Esto último estaba estrechamente relacionado con el interés por comprender la índole y dinámica de la democracia costarricense. Las investigaciones en el campo de la historia del poder, sin embargo, no lograron abordar apropiadamente la problemática indicada, en buena medida porque, al no incorporar las diversas formas en que los sectores populares resistieron y desafiaron la hegemonía, tendieron a descartar o subestimar el papel histórico de estos últimos.⁴⁴

El hecho de que buena parte de los debates abiertos por la historiografía marxista fueran de corta duración y no alcanzaran mayor profundidad analítica obedeció, en mucho, a la pequeñez del gremio historiográfico costarricense, a la tendencia de algunos de sus integrantes a cambiar de objeto de estudio según las corrientes académicas del momento, y a la deserciones teóricas e ideológicas relacionadas con la crisis de la izquierda en lo interno y lo externo. Igualmente importante fue que, con

⁴¹ Iván Molina Jiménez, “El Valle Central de Costa Rica a fines de la colonia y la búsqueda de una definición teórica”. *Nuevo Humanismo*. Heredia, No. 8 (1986): 101-112.

⁴² Ronny Viales Hurtado, “La historia económica costarricense: principales tendencias y resultados en la transición entre dos siglos, 1992-2002. Bases para un relanzamiento”, en Molina Jiménez, Enríquez Solano y Cerdas Albertazzi, *Entre dos siglos*, 101-103.

⁴³ Hernández, “Fases y tendencias”, *Revista de Historia*. San José, No. especial (1996): 115-128.

⁴⁴ Steven Palmer, “Un paso adelante, dos atrás: una crítica de *Consenso y represión* de Astrid Fischel”, *Revista de Historia*. San José, No. 18 (julio-diciembre, 1988): 227-242.

pocas excepciones, la renovación de los estudios del pasado no supuso la incorporación de una adecuada perspectiva comparativa, por lo que, antes del decenio de 1990, la investigación histórica se caracterizó por un escaso interés por considerar la experiencia de Costa Rica en un contexto más amplio.

Conclusión

Durante la mayor parte del siglo XX, historiografía y marxismo permanecieron como mundos aparte en Costa Rica. Los factores principales que produjeron tal fenómeno fueron, por un lado, el largo predominio de una concepción del pasado centrada en lo político, lo militar y lo diplomático, cuyo eje eran narrativas descriptivas que priorizaban lo episódico y la influencia de los grandes hombres; y por otro lado, el tardío desarrollo de corrientes marxistas académicas. Después de 1960, estas últimas empezaron a incidir en la investigación histórica, un proceso que sería reforzado por la llegada al país de Ciro Cardoso y Héctor Pérez.

Indudablemente, el marxismo contribuyó, de manera decisiva, a la renovación de los estudios históricos en Costa Rica y, por un breve momento (finales de la década de 1970 y todo el decenio de 1980), en el país se configuró una historiografía marxista. Tal corriente, que rápidamente pasó de lo económico a lo social, lo cultural y lo político, se dividió en dos vertientes, una estructuralista y otra afín a la línea de los historiadores marxistas británicos. Luego de 1990, sería más apropiado señalar que buena parte de los historiadores costarricenses están—en grados variables—influidos por el marxismo, que plantear la existencia de corrientes marxistas de investigación histórica.

La gran contribución del marxismo a la historiografía de Costa Rica fue aportarle algunas problemáticas básicas en torno al origen del capitalismo agrario y las especificidades de un sistema de dominación que no excluía la democracia electoral ni el desarrollo social y cultural. Pese a que las polémicas respectivas dejaron más preguntas que respuestas y en algunos casos no alcanzaron la profundidad deseada, legaron un amplio y enriquecedor repertorio de temas de investigación. Hoy en día, en buena parte de los más sofisticados trabajos producidos por los historiadores

costarricenses, son reconocibles las huellas de esos debates, cada vez más lejanos.